

de las revoluciones política y religiosa de aquel tiempo. Descartes no había salido del claustro, sino del ejército y del mundo; y se dirigía por tanto a la sociedad, de la cual sacaba nuevas fuerzas y muchos oyentes. Noble y rico, no tuvo necesidad de manifestar desde la cátedra sus pensamientos. Dedicó sus *Meditaciones* a la Sorbona, que por órgano del mas joven y mas ilustre de sus miembros, las declaró inocentes y aun útiles a la religion. Halagó a los Jesuitas; apénas fué procesado Galileo, suspendió su demostración matemática del movimiento de la tierra; aceptó una pensión de Richelieu sin aprovecharse de ella, y enseñó filosofía a una reina. Todo esto le valió protección, y entretanto se extendía su reforma filosófica, y todos los pensadores se hacían cartesianos; Bossuet, Fenelon, los solitarios de Port-Royal, las congregaciones de enseñanza, especialmente la del Oratorio, y hasta los Jesuitas.

Pero sus discípulos desarrollando su doctrina, pusieron en claro sus defectos; el panteísta Espinosa, el epicúreo Gassendi y el impío Hóbbes protestaban que no hacían mas que reducir a una forma mas precisa las doctrinas de su maestro. En Holanda los arminianos y coceyanos se valían de sus palabras para defender el libre exámen en la religion, sosteniendo que la verdad de las Escrituras debía probarse con la razon. Entónces se principió a mirar con recelo el cartesianismo; y se presentan á porfía á combatirle teólogos, filósofos, físicos y políticos; las universidades le reconviene por su aversión á Aristóteles; los Jesuitas hace sombra el verle defendido por algun jansenista; los protestantes le ni gan la tolerancia que había conseguido de los Católicos por su prudencia; y Gisberto Voët, teólogo de la universidad de Utrecht, arrastrado por un fanatismo violento, vió en su demostración de la existencia Dios un ateísmo enmascarado, lo cual produjo una encarnizada disputa que apaciguó despues el príncipe de Orange. Las obras de Descartes fueron denunciadas en Roma, y anotadas en el Índice *hasta que fuesen corregidas*; es decir, para siempre, porque ya había muerto su autor: cuando en 1667 se trasladaron sus reliquias á Francia desde Suecia, se prohibió al canciller de la universidad de Paris pronunciar un elogio que tenía preparado, y el parlamento, instigado por la Sorbona y por la universidad, estuvo á punto de publicar un decreto prohibiendo enseñar la filosofía cartesiana, y mandando conservar la aristotélica. Afortunadamente se suspendió á tiempo una medida tan repugnante al progreso y á la política; sin embargo, los Jesuitas hicieron que el rey llevase el asunto al consejo de Estado, que prohibió enseñarla en la universidad de Paris; los Padres del Oratorio que se habían opuesto á esta medida, tuvieron que adherirse á una acta de sumisión (1), la cual entre otras cosas decia:

(1) M. Cousin, editor y venerador de Descartes, en el *Journal*

« en la física no conviene separarse de los principios de Aristóteles para seguir la nueva física de Descartes, para seguir la nueva física de Descartes, para seguir la nueva física de Descartes... Debe decirse: 1º que la extensión actual y exterior no es la esencia de la materia; 2º que en todo cuerpo de la naturaleza hay una forma sustancial, realmente distinta de la materia; 3º que hay también accidentes reales y absolutos, inherentes á los sujetos, realmente distintos de cualquier otra sustancia, y que sobrenaturalmente pueden existir sin estar en ningun objeto; 4º que el alma está en realidad presente y unida á todo el cuerpo y á cada una de sus partes; 5º que el pensamiento y el conocimiento no son la esencia del alma racional; 6º que no repugna que Dios haya creado varios mundos al mismo tiempo; y 7º que el vacío no es imposible (1). »

Los peripatéticos podían, pues, creer aun que Bacon y Descartes no eran mas que una moda pasajera; pero el impulso estaba dado; la razon había sustituido á la autoridad; el espíritu se había acostumbrado al libre exámen, y debía aparecer alguno que superando á Descartes, echase por tierra la filosofía que había dado origen á la suya. El libre exámen se fortificó mucho en las disputas suscitadas por la misma doctrina; y pasando en silencio á multitud de adversarios, citarémos solo á Pedro Daniel Huet, de Caen, que ya hemos visto fué maestro del delfin con Bossuet, y protector de las ediciones *ad usum delphini*. Habiéndose dedicado á la literatura oriental, á causa de su amistad con Bochart, fué con este á Estokolmo al lado de la reina Cristina, y por su buen trato se hizo querer de muchos doctos de aquel país y de la Holanda. Á su vuelta estableció en su patria una sociedad para perfeccionar la física, la astronomía y la filosofía, y Colbert señaló una pensión á esta academia para los experimentos. Al principio había defendido el cartesianismo; pero despues la lectura de Sexto Empírico le hizo dudar, y publicó la *Censura philosophiæ cartesianæ*, atacándole verdaderamente por el lado débil, es decir, la alternativa entre el dogmatismo y el escepticismo. Y habiendo ocasionado esta obra una respuesta violentísima, se armó del ridículo empleándole en el anónimo *Nuevas memorias acerca de la historia del cartesianismo*, en las cuales supone que Descartes no había muerto en Suecia y se había retirado á Laponia, fundando una nueva escuela filosófica, contra la cual lanza punzantes epigramas. Huet volvió despues á Paris, y concluyó su vida entre los Jesuitas, dejándoles su biblioteca para uso del público.

No encontrando en ninguna parte mas que insuficiencia y principios falsos, como demostró en su obra póstuma *De la debilidad del espíritu*

des Savans, marzo de 1838, esclareció este hecho con documentos inéditos.

(1) *Recueil de quelques pièces curieuses, concernant la philosophie de M. Descartes*. Amsterdam, 1684.

humano, solo pudo evitar el escepticismo erudito, admitiendo la revelación: concilia de un modo particular la revelación con la duda, diciendo que Dios debe conocer por esencia los objetos como son en sí, y por lo tanto es necesaria una verdad objetiva; admitiendo la presencia de Dios como un axioma. El hombre puede conocer la verdad objetiva, pero no puede convencerse de que la posee, sino por medio de la fe, la cual no nace de la religion, sino que es un don de Dios, y la razon por consiguiente no puede extender su duda á las afirmaciones de la fe.

El padre Daniel, en su *Viaje por el mundo de Descartes*, demostró que no puede haber ninguna hipótesis cosmofísica tan inconexa como la de este filósofo, llena de contradicciones é hipótesis que se rechazan mutuamente; su obra es una ficción de las mas ingeniosas é instructivas, muy propia para la viveza de los Franceses.

El *Arte de pensar* concebido en Port-Royal, y probablemente obra de Arnauld (1664), de la cual se hicieron diez ediciones progresivamente corregidas, es el primer tratado regular que protesta contra el método de Aristóteles, sin despreciarle; disiente de Descartes acerca del modo de descubrir, de prevenir y de corregir las preocupaciones, pero reconoce la superioridad del nuevo método, y aunque quizá conserva todavía demasiadas sutilezas dialécticas, expone la lógica con una claridad y precisión superiores á las de los antiguos manuales; contribuyó mucho á desterrar los barbarismos técnicos, las subdivisiones embarazosas y pueriles, y substituyó al latin pedantesco el frances de los mejores tiempos.

Antes de hablar de los autores originales, citarémos al Inglés Teófilo Gale, que en la *Corte de los Gentiles* (1669-77) quiso demostrar que toda filosofía provenia de los Hebreos; lo que es una verdad considerando á aquel pueblo como depositario de la primitiva tradición. En la primera parte de su obra titulada *Filología*, demuestra su opinion por medio de las lenguas, camino enteramente nuevo, que le hace merecer grandes elogios por ser el primero que conoció su importancia.

Rodulfo Cudworth, discípulo de la escuela platónica y religiosa de Inglaterra, cuyo centro era la universidad de Cambridge, en el *Sistema intelectual del universo*, supo unir á la gran erudición de la escuela antigua la libertad moderna, sin hacerse, empero, original. Sostiene la libertad de la voluntad humana contra las tres clases de fatalismo: el materialista de Demócrito y de Hóbbes, el teológico de algunos escolásticos, y el estóico que confunde la Providencia con las leyes de la naturaleza. Al primero opuso las demostraciones de la existencia de Dios, combatiendo las teorías innobles é inmorales de Hóbbes con un vigor digno de tal adversario. Pero solo concluyó esta primera parte; en las otras debía haber demostrado á

los nominalistas que la justicia y el bien son eternos é inmutables por naturaleza, y á los estóicos que el hombre es libre y responsable de sus propias acciones.

Su teoría de una doctrina plástica para explicar la acción de las leyes físicas sin la intervención continua de la Divinidad, fué adoptada por algunos, especialmente por los fisiólogos. José Granwill, en el *Escepticismo científico*, demostró la debilidad de la razon humana, y la imposibilidad de establecer un dogmatismo demostrativo; y precedió á Hume asegurando el carácter accidental de la causalidad.

Nicolas Malebranche, natural de Paris, mal configurado de cuerpo, se hizo misántropo, y buscó la soledad en la congregación del Oratorio. Habiendo visto por casualidad en casa de un librero el *De homine* de Descartes, aquellas ideas nuevas, la claridad del estilo y la aparente solidez de los principios le agradaron tanto que se conmovió violentamente. Dedicóse, pues, á la filosofía, y aunque admirador apasionado de Descartes, conservó su independencia, complaciéndose en sus propios descubrimientos. Por lo demas, recto y riguroso por carácter y por su misticismo religioso, juzga severamente las debilidades morales é intelectuales del hombre.

Descartes, para explicar la union entre el alma y el cuerpo, recurria á la intervención de Dios, admitiendo solo en el alma la facultad de dirigir las fuerzas motrices del cuerpo. Malebranche, conociendo la dificultad de explicar esta dirección, cambia la hipótesis de la intervención de Dios en la de las causas ocasionales.

El objeto principal de Malebranche es distinguir las ideas, no solo de las sensaciones, sino de los sentimientos. La sensación no es mas que una modificación del alma con referencia á lo que sucede en el cuerpo á que está unida. El espíritu no concibe nada por medio de los sentimientos, pero adquiere el conocimiento de su estado presente sin comprenderle, al paso que las ideas son la vista de lo que es; no son las ideas una simple modificación del espíritu, son la manifestación de un objeto exterior real. El objeto de la idea es eterno, inmutable, necesario, y ó no se presenta al espíritu ó se presenta tal como es. Aquello de que se tiene idea, existe; y cuando decimos que tenemos idea de una cosa que no existe, confundimos la idea con el sentimiento. La ciencia debe tomar por base la idea de Dios, porque contiene á todas las demas, que no son mas que modificaciones de la idea universal del ente necesario. El yo de que parte la filosofía es finito, y como la noción de lo finito no incluye la existencia necesaria, adquirimos idea de creación. Contemplando todos los mundos posibles, Dios dió la existencia á aquel en que se reflejasen mas perfectamente las perfecciones divinas, pues no tenía razon alguna para escoger el menos perfecto, y no se puede admitir que Dios obre sin razon.

Male-
branche.
1638-
1715.

Pero ¿existen en este mundo los cuerpos y los espíritus? ¿en qué se diferencian? ¿La extensión que es la esencia de la materia es sustancia ó accidente? Yo, dice Malebranche, no puedo concebir círculo, ni un cuadrado, sin concebir la extensión, y por lo mismo la cuadratura ó la redondez son modificaciones de aquella, pero puedo pensar en la extensión sin pensar en nada más, luego no es una simple modificación, sino una sustancia; lo cual quiere decir que la materia existe, y como la idea de esta no implica la del pensamiento, la materia es indudablemente distinta del espíritu.

Dios, que no puede menos de producir lo más perfecto, debió crear un mundo de espíritus capaces de conocer y de amar; pero Dios podría producir las impresiones en nosotros aunque no existiese la materia. Luego las impresiones no prueban la existencia real de los cuerpos externos, de la cual solo podemos convencernos por medio de la revelación (1). Pero ¿qué relaciones unen á los espíritus, cuya existencia está demostrada, y á los cuerpos cuya existencia sabemos por la revelación? Cuando yo quiero, se mueve mi brazo, y por medio de él los demás cuerpos, y sin embargo la sustancia pensante y la extensa son esencialmente diferentes entre sí. Esta modificación recíproca es, pues, de mera apariencia, y su correlación resulta de las leyes generales establecidas por el Criador, por medio de las cuales se producen movimientos en el cuerpo cuando el alma quiere, ó impresiones en el alma cuando los cuerpos están presentes. De modo que Dios es la causa inmediata y verdadera de estos efectos, y la causa ocasional es el espíritu y el cuerpo. Siendo, pues, las ideas la esencia divina, y existiendo solo por ellas la inteligencia, se sigue que todo lo vemos en Dios, hasta el mundo corpóreo. Y como las ideas están fuera de nosotros, y Dios las produce en nuestro espíritu, la inteligencia es una revelación incesante. Si, pues, Dios es la causa eficiente, la ocasional es la atención del hombre, á consecuencia de la cual las produce Dios. El progreso en el conocimiento de la verdad será pues proporcional á la fuerza de atención, y el error provendrá de confundir los sentimientos con las ideas.

Y en verdad los sentidos, aun el más noble que es el de la vista, nos están engañando continuamente; engañándonos no ellos por sí mismos, sino por el falso juicio que hacen sobre los objetos. El único camino para llegar á la verdad es la unión con Dios; unión debilitada por el pecado original, de modo que no es capaz de ella el que no tiene un corazón puro y un espíritu claro: al mismo tiempo este pecado

(1) Malebranche fué refutado por el Siciliano Miguel Ángel Faldella (1650-1718), que empleó contra él su mismo argumento: la existencia del mundo corpóreo no se puede demostrar sino por la revelación. El sistema de Malebranche fué iniciado ya por el Frances Tommasini, y el capuchino tirolés Juvenal de Anania (*Solis intelligentia, cui non nocet*, etc. Augsburgo, 1686) que le expuso con más extensión y moderación.

alteró de tal manera el espíritu y el cuerpo que nos parecen una sola sustancia, y suele prevalecer el cuerpo. Es, pues, muy peligroso el no distinguir bien los sonidos confusos con que ocupan nuestra imaginación los sentidos de la verdad pura del alma, tanto más cuanto que para nosotros el cuerpo habla más alto que Dios, y nuestro orgullo nos hace juzgar sin atender á los términos necesarios de la verdad.

Así Malebranche cree plenamente en la revelación divina, y por otra parte en lo demás juzga reposada y sutilmente. Buscando los errores que provienen de los sentidos, de la imaginación, de las inclinaciones naturales y de las pasiones, asegura que en la tierra todo mal proviene del error, porque si el hombre no incurriese en él, no pecaría, pues que la voluntad sola juzga y raciocina, mientras que la inteligencia no hace más que ver las cosas y sus relaciones, y Dios es la causa y el fin de nuestro amor así como de nuestra inteligencia. La voluntad es libre y activa, siempre inclinada al bien; pero puede dirigir el entendimiento á los objetos que quiera, para valorarlos según la verdad, preservándonos las apariencias engañosas. Es, pues, un deber del hombre el conformar sus movimientos con los juicios claros, concentrar la atención sobre las ideas para consultarlas continuamente, y someter á estas nuestros deseos; no dar nunca pleno asentimiento mas que á proposiciones evidentes, que no se puedan negar sin que nos repugne interiormente, y no querer ningún bien, si no podemos quererle sin remordimiento. Vese aquí, pues, la moral derivada de la metafísica, pues si Dios ha establecido el orden de las cosas, el hombre no debe tener más virtud que amar el orden moral del mundo.

Las doctrinas de Malebranche son admirables por la unidad con que sujeta á pocos principios generales un sistema tan extenso, queriendo imitar á la Divinidad en la sencillez de la creación. Claro, preciso, de elegante estilo, con metáforas en el lugar y tiempo oportunos, vivo y algunas veces elocuente sin ser nunca declamador, no hay metafísico que presente más comprensiblemente pensamientos tan abstractos sobre los cuales esparce una calma como de revelación pareciéndose en esto á Platon. Malebranche, cartesiano en el fondo, perfecciona esta doctrina en los puntos en que más lo necesitaba, es decir, en la lógica y en la teoría del conocimiento. Explica la asociación de las ideas más ampliamente que ningún otro; aconseja que no se dificulten las ciencias con términos nuevos; que nos sometamos á la autoridad; que no creamos ciencia la mucha lectura; hace sábias reflexiones sobre el contagio de las imaginaciones poderosas, como se ve en la influencia de algunos grandes hombres, y en ciertas creencias como la magia y las apariciones, advirtiendo que las brujas se aumentan donde las quemau. Al tratar de las pasiones, hace una sátira punzante y sin piedad de

las locuras humanas, y especialmente de los sabios y de las personas de mundo; es intolerante (como lo son generalmente los hombres estudiosos) con los que se dedican á otras ciencias; ataca cruelmente á los astrónomos, bibliógrafos y eruditos, y fué un adversario violento de Aristóteles, irritado quizá por la oposición que sus discípulos hacían á todo procedimiento para llegar á la verdad (1).

Malebranche ejerció en la filosofía una influencia mayor aun que la de su maestro (2). Su error consiste en suponer que el alma se conoce no por la idea, sino por el sentimiento; y en observar los cuerpos tales como se presentan á los sentidos, mas bien que como sujeto, lo que le condujo al sistema de las causas ocasionales. Sin embargo, nosotros no conocemos los cuerpos solo por la observación externa, sino también por otra interior que nos revela cualidades esenciales que existen en ellos y nos los presenta como materia del sentimiento fundamental. Tampoco la extensión del cuerpo se opone á la sencillez del yo sensible, como le objetó Arnauld, el cual trató de refutar sus ideas sobre las bases del conocimiento y sobre la diferencia entre las ideas subjetivas y objetivas. Niega este principalmente, que el hombre comprenda los objetos de un modo inmediato, y que las ideas de estos constituyan el objeto inmediato de nuestras percepciones; pero cree que percibimos los objetos inmediatamente, con lo cual viene á decir que las percepciones son por naturaleza representativas, y además un modo del alma: acercándose de este modo á la doctrina de Kant, y confundiendo las sensaciones con las ideas, es decir, la percepción sensible con la intelectual. Oposición fuerte, y no sin acrimo-

(1) « Si saben que Aristóteles ó alguno de sus discípulos ha deducido alguna verdad de los principios de su física, que lo expliquen y lo prueben, y ya no se hablará de Aristóteles, sino para elogiarle... Sus libros son tan oscuros, y están llenos de términos tan vagos y generales, que se le puede hacer decir con algún viso de verdad aun lo que dicen sus mayores adversarios; puede hacerse decir todo lo que se quiera, porque no dice casi nada, aunque mete mucho ruido; así como los niños hacen decir á las campanas todo lo que quieren, porque hacen mucho ruido y no dicen nada. »

(2) « Malebranche tiene grandísima semejanza con su ilustre contemporáneo Pascal, aunque no tuvieron entre sí relación ninguna, á lo menos que yo sepa, y no pudo aprovecharse el uno de los escritos del otro: ambos son genios entusiastas, de robusta imaginación, de espíritu claro, sarcástico, severo, intrépido, despreciador de la opinión vulgar y de las reputaciones establecidas; ambos, convencidos de que había una gran diferencia entre el estado primitivo del hombre y el presente, resuelven bien y del mismo modo los fenómenos de su ser; ambos escépticos y rigurosos en las demostraciones, aunque de diverso modo y en diferente grado, desprecian todo conocimiento humano que esté fuera de la región de las matemáticas; ambos, por fin, son moralistas rigurosos, y tienen una piedad ferviente y entusiasta. Pero en Malebranche es menos fuerte el sentimiento religioso; sus ojos vagan sin cerrarse á la luz, delante de la cual, Pascal, lleno de respeto, baja los párpados: aquel tiene un deseo menos tímido de conocer la verdad, y mayor confianza en las inspiraciones que penetran en su alma; es más pronto en adoptar una opinión nueva, pero no emplea tan fácilmente un sofisma para defender una opinión antigua; tiene menos energía, pero más abundancia y variedad. » HALLAM, *Lit. de Europa*, etc.

nia, de que Malebranche se quejó, respondiendo punto por punto, pero muy débilmente.

Otros muchos trataron en este tiempo de la naturaleza del alma y de su origen, suponiendo unos que era material, y otros que era engendrada por los padres en el momento de la concepción; de aquí nacieron en filosofía y en teología dos sectas llamadas de los traducionos y de los creacionos. Origináronse aquí también las cuestiones sobre la naturaleza de los espíritus y sobre la posibilidad de la magia; y Baltasar Bekker, libre pensador de Westfrisia, que escribió con el objeto de tranquilizar los ánimos atemorizados por las desgracias que se temían á causa de la aparición del cometa de 1680, negó en el *Mundo encantado* (1691) que los espíritus tengan influencia sobre los hombres, sosteniendo á imitación de Descartes, que el espíritu no puede obrar de ningún modo sobre el cuerpo. Su obra es prolija y enojosa, á excepción de la cuarta parte por las curiosas historias que contiene. Hizo este libro gran ruido: los magistrados de Amsterdam siguieron un proceso regular; Bekker se vió obligado á aclarar sus ideas; se le prohibió enseñar sus opiniones, y por último le quitaron la cátedra (1).

Baruch Espinosa, natural de Amsterdam é hijo de unos Judíos portugueses, fué educado por Moisés Mortera, rabino afamado, é hizo sobre el hebreo (y no debe olvidarse esto) los estudios que los demás filósofos habían hecho sobre el griego y el latín; pero pronto conoció que en el estudio de la teología no le bastaban ni las doctrinas ni los métodos de sus correligionarios, y manifestó algunas dudas sobre las ideas aplicadas á los ángeles, á Dios y al alma. Por esta causa los suyos le acusan en la Sinagoga, tratan primero de atraérsele con dones, y luego (según se dice) de asesinarlo, y por último, le excomulgan. Repudiado por sus hermanos, se pasó á los Cristianos cambiando su nombre en el de Benito; estudió el latín y el griego, y se dedicó desinteresadamente á la investigación de lo verdadero y de lo bueno: retiróse al campo, y se mantuvo construyendo lentes, educándose siendo aun jóven en la madurez de la soledad. Habiéndose hecho cartesiano, dedujo de esta doctrina, siguiendo un método rigurosamente geométrico, un sistema metafísico, nuevo por su forma y regularidad, y expresado con profunda convicción. Adquirió con esto gran reputación, y fué llamado para ocupar cátedras cristianas que no quiso aceptar. Fué Espinosa buen amigo, muy frugal, afable, ajeno á toda ambición ó temor, y murió á los cuarenta y cinco años de edad (2).

(1) Compárese esto con lo que se hizo con Galileo.

(2) BENEDICTI DE SPINOSA Opera quæ supersunt omnia per Henr. Eberh. Gottlob. Paulus. Jena, 1802. *Œuvres de Spinoza, trad. par M. Saisset. Paris, 1842. B. Von Spinoza sämtliche Werke aus dem Lateinischen, mit dem Leben Spinoza's von Berthold Auerbach. Stuttgart, 1844, 5 tomos. AMANDE SAINTES, Histoire de la vie et des ouvrages de Spinoza, fondateur de l'exégèse et de la philosophie moderne. Paris, 1842, 5 tomos. Esta obra es un panegirico.*

Bekker.

Espinosa. 1632-77.

Conocía los errores de Descartes y Bacon, y que ignoraban la verdadera naturaleza del espíritu humano, y las fuentes del error, y aun muy joven escribió su *Ética*, preludio del sistema que tomó su nombre, y que en suma es el panteísmo materialista en que ya le había precedido Jordano Bruno.

Si sustancia (como enseñaba Descartes) es lo que no tiene necesidad de otra cosa para existir, parecía deducirse de aquí, que solo Dios existía verdaderamente, y que los entes finitos eran atributos de la única sustancia que existía por sí misma. Los cartesianos evitaban esta consecuencia diciendo, que una sustancia no tiene necesidad de otra como sujeto en que residir, sino como principio y como causa; por tanto, los seres finitos son sustancias incompletas pero reales, aunque no pueden existir sin Dios que es su principio y razón. Espinosa impugnó esta distinción, negando también que puedan existir una causa y un sujeto. La sustancia que produce, y la que es producida, tienen atributos diferentes ó idénticos, dice Espinosa; en el primer caso, una no puede ser causa de la otra; en el segundo, no serían diferentes. Descartes distingue la materia del espíritu, solo porque el pensamiento, atributo de este, no es la extensión, atributo de aquella, con lo cual supone que no podemos asegurar que sean distintas las sustancias, sino por la distinción de los atributos; y como los atributos de lo que produce y de lo producido son idénticos, es evidente que no pueden ser sustancias diferentes.

Este dilema cardinal, ni es cierto, ni demuestra nada. Dos sustancias que tengan los mismos atributos, no serán específicamente distintas; pero bajo los mismos atributos ¿no pueden existir sustancias numéricamente distintas? Y si la causa debe contener lo que hay en el efecto, ¿no se sigue de aquí que debe contenerlo del mismo modo? ¿No podría la causa infinita contener completamente lo que comunica de un modo finito á los efectos? Aquella es perfecta, estos imperfectos; ya son, pues, cosas distintas.

Espinosa desenvolvió de mil maneras su dilema, y creyendo probar que las diversas realidades no pueden conocerse sino como atributos de una sustancia única, vino á investigar si su naturaleza era material ó espiritual. No admitiendo, según los cartesianos, mas que dos atributos fundamentales, el pensamiento y la extensión, suponiendo esta última una materialidad, Espinosa se propuso demostrar que el pensamiento, lo mismo que la extensión, no puede ser mas que una propiedad de la sustancia material. Y ¿qué consigue? En psicología, la inteligencia y la voluntad, según sus deduc-

Damiron una ha publicado disertación sobre Espinosa en el 4º tomo de las *Mém. des sciences morales*.

Leon de Montheillard publicó en 1851 un examen de la *Ética* de Espinosa, con el fin principal de negar su rigor de raciocinio, y destruir los pretendidos axiomas y pomposos teoremas de que se compone aquella obra.

ciones, son simples modificaciones del organismo: en moral (y ya es una contradicción una moral al lado de una necesidad absoluta), el vicio y la virtud dejan de existir, pues todas las cosas son idénticas, y todo es producido necesariamente por la actividad de la sustancia: en política, el derecho se reduce á la fuerza. Así, partiendo Espinosa de la identidad absoluta, y Hóbbes de la enemistad universal, llegan ambos á la bárbara doctrina del dominio de la fuerza, que conduce al uno al despotismo, y al otro á la anarquía.

Las naciones no están obligadas á respetar los tratados celebrados sino en cuanto dura la razón de conveniencia que les dió origen (1). El derecho natural es el poder dado por la armonía del mundo á todos los que forman parte de él; de modo que cada uno se procura lo que su razón y sus apetitos le hacen considerar como útil, sin estar limitado mas que por su mismo poder. No hay, pues, faltas morales, porque el pecado sería el ejercicio del propio poder; y lo que la razón nos dice que es malo, lo es relativamente á las leyes de nuestra propia naturaleza, no con respecto al orden universal. Siendo comun á todos este poder ilimitado, se reduce casi á la nada en la práctica, y origina una guerra perpétua (2); para librarse de la cual los hombres cedieron parte de sus derechos, naciendo de esta manera el derecho civil y político. Las leyes son la expresión de este contrato, y por eso no pueden violarse sino cuando lo exige la salud pública. El que posee, pues, el poder, tiene un derecho universal, limitado únicamente por la ejecución; y este derecho no concierne solo á las cosas temporales, sino también á la religión. El derecho privado de los ciudadanos es la libertad asignada á cada uno por las leyes del Estado como necesaria para su conservación; y de consiguiente no pueden emplearlo contra el poder público (3).

Espinosa no ataca de frente la teología; antes

(1) « *Fœdus tamdiu fluxum manet, quamdiu causa fœderis pangendi, nempe metus damni, seu lucri spes, in medio est;... nec dici potest, quod dolo vel perfidia agat, propterea quod fidem solvit simulatque metus vel spei causa sublata est.* » *Tractatus theologicus polit.* c. III.

(2) El derecho de hostilidad contra todos está expuesto claramente por Espinosa en el c. 16 del *Tractatus theol. polit.*: « *Per jus et institutum naturæ nihil aliud intelligo, quam regulas naturæ uniuscujusque individui, secundum quas unumquodque naturaliter determinatum concipimus ad certo modo existendum et operandum. Exempli gratia, pisces a natura determinati sunt ad natandum, magni minores comedendum; adeoque pisces summo naturali jure aqua potiuntur, et magni minores comedunt. Nam certum est, naturam absolutè consideratam jus summum habere ad omnia que potest; hoc est jus naturæ eo usque se extendere, quo usque ejus potentia se extendit. Nec hic ullam agnoscimus differentiam inter homines et reliqua naturæ individua. Jus itaque naturæ uniuscujusque hominis non sana ratione, sed cupiditate et potentia determinatur. Quidquid itaque unusquisque, qui sub solo naturæ impetu judicat, id summo naturæ jure appetere et cuacumque ratione, sive vi, sive dolo, sive precibus, sive quocumque demum modo facilius poterit, ipsi capere licet, et consequenter pro hoste habere eum qui impedire vult quo minus animum expleat suam.* »

(3) *Tractatus politicus*.

bien declara que es muy digna de respeto: solo quiere ponerla al lado de la filosofía como iguales, con intención de separar esta de aquella. Las creencias que implican obediencia á Dios y fe en las mismas creencias, pertenecen á la fe; mientras que la filosofía aspira á conquistar la verdad, la certidumbre no puede adquirirse sino por la razón. ¡Soberbia ironía! ¡Como si la piedad pudiese separarse de la razón! Sus opiniones religiosas se encuentran en el *Tratado teológico político*, único que publicó en vida (1670). En esta obra admite como causa de las creencias religiosas el temor que hace recurrir á expedientes, de que no esperaría consuelo alguno el que fuese feliz y libre en el uso de su razón. Los gobiernos tiránicos se aprovechan de ellas; pero bajo un gobierno libre cada uno sigue la opinión que quiere; pues la filosofía no es contraria á la piedad ni á la paz del Estado, antes bien es una condición necesaria.

Peró la religión (principio de piedad enteramente distinto de la filosofía) no es ni superior ni inferior á esta, y debe dejarla y conservar para sí misma una libertad completa (1). El Estado tiene derecho para regularizar la filosofía y la religión; pero sin disminuir la independencia del raciocinio, ni impedir el pensar lo que se quiera y el decir lo que se piense, con tal que sea con sencillez y buena fe. Los milagros no existen: la sucesión de los acontecimientos está sujeta á leyes que Dios no varía. Las religiones, invención del espíritu humano, no son absolutas, sino relativas á las circunstancias en que nacen, y no repugnan á Dios porque guían á los hombres á la virtud.

El hombre debe, según Espinosa, adquirir la verdad solo con las fuerzas de su espíritu; las verdades proféticas no tienen mas certidumbre que la humana, pues que fallan con frecuencia; no provienen de los hombres mas eminentes de la nación, son puramente personales, y se contradicen unas á otras. Y aquí examina á los profetas y la historia hebrea para demostrar que aquellas son irracionales, con tal crítica que no ha sido superado por el atrevimiento moderno, el cual se encuentra ya en estas palabras suyas: « No es necesario para salvarse creer en Cristo, según la carne, sino que basta creer en el Eterno Hijo de Dios, es decir, en su eterna sabiduría, manifestada en todas las cosas, principalmente en el espíritu humano y sobre todo en Jesucristo. » Y de todo esto concluye que la libertad filosófica no puede ser limitada por la autoridad de la revelación. Pero ¿hasta qué punto está de acuerdo esta libertad con el orden político? Espinosa cree que el gobierno mas conveniente es el democrático, en que cada uno tiene parte en la

elección de aquel soberano, que es árbitro natural del derecho religioso; pues Dios no reina exteriormente sobre los hombres, sino por medio de los soberanos. Pero aunque sea universal, el poder soberano no puede extenderse sobre las almas, pues nadie puede ceder el derecho natural que tiene para pensar y juzgar: por utilidad pública podrá cederse el derecho de acción, pero el de pensar, nunca.

El axioma primitivo de Espinosa de que Dios solo se ama á sí mismo con un amor infinito é intelectual (1), revela uno de sus defectos capitales, el confundir la inteligencia con la voluntad, de modo que el amor no es mas que una idea, unida á cierto modo de existir, pero sin relación alguna entre una y otra. Y si Dios no ama á los hombres, ¿cómo los hombres han de amarse mutuamente? Y efectivamente, no hay necesidad de amor en la felicidad á que Espinosa los destina, siendo cada uno un poder independiente de los demas, animado solo por la fuerza que hace perseverar á cada uno en sí mismo, excitado únicamente por el deseo de comprender las causas, y de referirse á Dios por medio de la correlación de las ideas; pensamientos simples y por lo mismo inconexos, porque no tienen correspondencia inmediata, sino solo por medio del foco comun de que emanan. Por consiguiente Espinosa no funda las relaciones morales de los hombres sobre la solidaridad en un solo cuerpo. Los hombres deben vivir en sociedad solo para que se perfeccionen sus ideas y no por los afectos sociales, por cuyo medio únicamente se hace completa la vida humana; deben querer para los demas el bien que desean para sí, pero solo porque este bien ayuda á la libertad de la razón. La conducta del hombre tiene, pues, por única regla el egoísmo, como no podía menos de suceder, quitando la caridad: ¡moral orgullosa de la inteligencia, que mira como una locura los piadosos instintos de la humanidad, que declara funesta é inútil la compasión (2), porque turba la feliz tranquilidad que debe procurarse el hombre á toda costa! De consiguiente privado de la esperanza, del arrepentimiento, sin aspiraciones religiosas, el hombre vivirá en un lógico pero desolado aislamiento, sin buscar ni el amor de Dios (3), ni el de sus semejantes, sino solo la felicidad del conocimiento, que resulta de la identificación con el pensamiento infinito.

En suma, Descartes había dicho que conservar es producir; por consiguiente no somos mas que actos y operaciones de Dios; que nos crea del mismo modo que nosotros creamos nuestros pensamientos, nuestros afectos, nuestras voluntades. Algunos discípulos habían ya

(1) « *Deus, proprie loquendo, neminem amat; nam Deum nullo lætitiæ affectu afficitur. Deus se ipsum intellectualem amore infinito amat.* » Part. V, prop. 35.

(2) *Commiseratio per se mala et inutilis est.* P. IV, pr. 30.

(3) *Qui Deum amat, conari non potest, ut Deus ipsum contra amet.* P. V, pr. 19.

(1) « *Nec theologiam rationi, nec rationem theologię ancillari... Unaqueque suum regnum obtineat: nempe ratio regnum veritatis et sapientiæ, theologia autem pietatis et obedientiæ... Philosophiæ scopus nihil præter veritatem; fidei; nihil præter obedientiam et pietatem.* »